



Conviene advertirlo

Firmeza

CUANDO un partido como el nuestro ha pasado por la prueba del exilio y, al cabo de catorce años de encontrarse en él, conserva esa vitalidad que ha mostrado en su Congreso del pasado año; cuando mantiene en las organizaciones y reuniones internacionales su voto y su voz siempre escuchada con atención, con afecto y con respeto; cuando es tenido en cuenta como un factor actuante en la política española y en su actitud y sus intenciones observadas y buscadas por la prensa y los medios internacionales, puede sentirse orgulloso de ocupar un lugar de excepción en la historia de los exilios políticos.

Es ello meritorio porque es difícil, porque es triunfar sobre las causas de desintegración, verdaderos morbos que rondan en torno a los exilios. Cuando durante tantos años se ha triunfado sobre esas causas, se es capaz de seguir triunfando indefinidamente. Y, siendo así, ello es un deber, un muy alto deber, no sólo de dignidad, sino también de conciencia. Hemos asumido la representación de nuestros compañeros del interior de España y estamos obligados a dar ante el mundo, con nuestra conducta, una imagen de lo que ellos son. Ellos no pueden hablar y nosotros llevamos su voz ante el mundo. Para que el mundo sepa su sensatez, tenemos que presentar nosotros la nuestra; para que el mundo conozca su espíritu, tenemos que mostrar nuestra moral; para que el mundo no ignore que ellos son una energía en potencia, tenemos que manifestar nuestra disciplina. La impresión que demos de nuestro valor puede ser muy trascendental. Nada menos que eso es la misión que nos corresponde fuera de España, y a la escala de tal misión tenemos comprometida nuestra responsabilidad, es una responsabilidad que sentirán en su justa medida todos quienes se sientan penetrados hasta los huesos de lo que ha sido nuestro Partido desde que recibió la impulsión ascética de sus fundadores.

Quiénes lleven en el corazón su sólido dolor de la ausencia sino también la emoción de pensar en quienes allí sufren —hasta morir— una presencia trágica, no necesitan más para cumplir sus deberes de militantes en el

exilio; pero entre estos deberes está el de cortar el paso a quienes por incapacidad, por cansancio o por extravío —excluyamos la mala fe— no lleven consigo aquellos sentimientos y pensar en perturbar la firmeza de nuestra organización. Esta no pertenece a algunos ni siquiera sólo a todos los que estamos en el exilio, sino que la debemos a quienes están en España, y no solamente a los caracterizados como compañeros nuestros, sino al pueblo español que nos mira y al cual pensamos servir con ella.

Deberes tales exigen toda la voluntad y toda la energía necesarias para cumplirlos. Normas tenemos para resolver los extravíos, como tenemos otras para marchar por el camino derecho. Según éstas se puede discutir todo y proponer todo, en sus lugares y en sus tiempos. Así lo hacemos en España y así hemos podido seguir haciéndolo fuera de ella. Después de hacerlo así, todos estamos obligados a aceptar y apoyar las resoluciones estatutariamente adoptadas. A quien no esté conforme, le queda aún un recurso: el de marcharse. Siempre dió nuestro Partido mayor importancia a la conciencia de los afiliados que a su número, y en ello estuvo uno de sus aciertos fundamentales. Esa preferencia por la calidad tiene en el exilio su máxima razón de ser, y, en verdad, podemos estar satisfechos a la vez de la calidad y del número. A todos corresponde hasta ahora el crédito que hemos ganado. No sólo los organismos superiores del Partido y de la UGT lo han ganado internacionalmente, sino que nuestras organizaciones en las ciudades y en los pueblos tienen la consideración de autoridades y convecinos y, muchas veces, una emocionada afección. Por eso nos hemos hecho a la idea de lo que con ello ganamos por el hervor de España y de nuestro Partido, y no hemos de perderlo. Tiene nuestro exilio la muy alta misión de recordar constantemente al mundo la inequidad que es el juicio de España; de representar al pueblo español ante el juicio de la conciencia universal. Esa misión estará entrada en quienes más digna, más consciente y más firmemente la lleven. Tal convencimiento será el guía de nuestra conducta.

Las pistolas comunistas — escribe Jesús Hernández en su libro «Yo fui un ministro de Stalin», libro en cuyas páginas he espigado para probar viejas aseveraciones más acerca del carácter y los móviles de las intrigas rusas durante la guerra de España— habían acechado más de una vez la silueta de Indalecio Prieto.

Hernández relata dos proyectos de atentado contra mí, uno siendo yo ministro de Defensa y otro años antes de proclamarse la República. «Siendo yo muy joven —añade— participé también en los grupos de mensajeros que nos habíamos propuesto arrancar a balazos la vida del batallador líder socialista.» Uno de los proyectos que el ex ministro comunista narra me era conocido; el otro, no. Pero tuve noticia de alguno más.

«Como si los hados protegieran la vida de Prieto — afirma Hernández—, siempre logró burlar el asedio criminal.» Después de dar gracias a los hados, entro en materia para satisfacer la tentación que sentía de ampliar mi ficha anticomunista, publicada meses atrás por «El Tiempo», de Bogotá.

Como si los hados protegieran la vida de Prieto — afirma Hernández—, siempre logró burlar el asedio criminal.

El primer hado merecedor de mi gratitud fue un camarero de la guardia en todas partes, incluso en los clubs nocturnos.

En la última década del siglo XIX cuando llegué a Bilbao procedente de Oviedo, mi ciudad natal, casi todo el hoy opulento Ensanche de la capital vizcaína lo componían huertas, jaras y cañaverales, presididos por Estrauza, señorial morada del millonario Juan Ibarra, y entre los que serpenteaba el arroyo Elque, dividido en dos brazos al aproximarse a la ria, los cuales discurren hoy abovedados bajo el pavimento de lujosas calles.

Yendo por las estradas de aquella vega de la anteiglesia de Abando, cuya anexión a Bilbao era aún reciente, y que subsistían algunos charcolos, los chicos que las teníamos como escenario de nuestras travesuras solíamos topár con un hilluri arrastrado por floco caballo, carricoche donde invariablemente viajaba un hombre ya anciano, rechoncho, muy pequeño, de piernas cortas y torcidas que casi no le permitían andar. Aunque tipo popularísimo, casi nadie conocía su apellido, Alayo, y todos le llamaban «Jaungoikoa», con gran satisfacción de su parte, pues «Jaungoikoa» —en vascongado «señor de arriba»— significa Dios. Sus dos hijos, verdaderos atletas, heredaron el apellido del padre, más un labraunio convertido después en valiosos terrenos urbanizados y el negocio de transporte de muebles, servido por camiones capitanes que llevaban pintada en letras tamañas, como buen anuncio, la palabra «Jaungoikoa», cual si Dios se dedicara a mudanzas domésticas.

Desde muchacho, trabé amistad con «Jaungoikoa» el mayor, con Eduardo, hombre de mi edad, y le debí un gran favor que me prestó siendo arrendatario del Casino de Artistas, cabaret de lujo instalado en la trasera del teatro de los Campos Eliseos, de Bilbao. Un camarero de aquel club vivía en San Julián de Musques, donde nació y habitaba Dolores Barruri, la Pasionala, principal foco del comunismo en la zona minera vizcaína. Cierta tarde varios comunistas jugaban una partida en la bolera del pueblo. El camarero, espectador del juego, puso a echar la siesta en el suelo con la boina sobre el rostro para defenderse del sol. Cuando despertó, los comunistas, cansados de derribar bolos y sentados junto a él, sostenían apasionadísima charla. Fingiendo seguir dormido, los escuché atentamente y pude enterarse que planeaban ir a Bilbao para matarme concertando allí mismo la manera de hacerlo. Conociendo el camarero la amistad que su patrón tenía conmigo, se apresuró a comunicarme cuanto se había tramado. Eduardo Alayo me puso en comunicación directa con él y las precauciones que, al tanto de todos los detalles, yo tomé, hicieron frustrar el plan. Meses antes, por indicación de los comisionados, tres mozalbetes a quienes pistola en mano hice salir, brazos arriba, del portal donde al amanecer me aguardaban, fracasó otra tentativa, peor fraguada que la de San Julián de Musques. De ninguna de las dos habla el libro que inspira este artículo.

De mi vida Hados que la protegen

Por Indalecio Prieto

Un bridi traido y no una bomba de trilita

LA vez que Jesús Hernández, según dice, consideró más próxima mi muerte fue el verano de 1923, contando el dieciséis años. Exponiendo el caso, refiere: «La rivalidad de nuestro jefe en Vizcaya, Oscar Pérez Solís, con Indalecio Prieto, venía de largo, de cuando ambos militaban en el mismo partido. Al producirse la escisión entre comunistas y socialistas, el odio de Solís degeneró hasta la criminalidad. Y, no le resultó difícil empujarnos a los «grupos de acción» a la caza de su adversario.» Es este detalle último nuevo para mí contenido en el relato de Hernández. Supongo que pocos días después, en el hospital donde curaba de heridas que le causó un oficial de la guardia civil dentro de la Casa del Pueblo, Pérez Solís en su confesión general al capellán no olvidaría cómo indujo a aquel atentado que pudo costar, además de la mía, varias vidas más.

Era una tarde de agosto, tarde de corrida de toros, de aquellas corridas que todavía conservaban su fama tradicional, pues ningún matador podía reputarse consagrado si no se le había incluido en el cartel de la feria bilbaína, y los comunistas hicieron coincidir con ésta una disparatada huelga de mineros, la cual originó sangrientos incidentes con la fuerza pública. Pero dejemos la palabra a Jesús Hernández: «Azuzados por Oscar Pérez Solís, salimos un grupo de seis individuos portando una descomunal bomba que, dentro de un cesto, cargaba a hombros uno de los expedicionarios. Nuestra misión era asaltar la redacción de «El Liberal», periódico de Prieto, colocar el artefacto infernal en la rotativa y hacerla volar, y con ella todo el pequeño edificio en que estaba enclavada la imprenta. Suponíamos a Prieto en alguna de las dependencias. Si pretendía escapar a la explosión se encontraría con el fuego de nuestras pistolas... Al filo de las tres de la tarde llegábamos con nuestra carga de trilita y con la de nuestras tenebrosas intenciones a las proximidades de «El Liberal». En nuestros preparativos no tuvimos en cuenta que frente a la imprenta de Prieto se hallaba la terminal de los tranvías que desde Bilbao conducen a Algorta. La terminal estaba protegida por un piquete de guardia civil, que de inmediato notó algo sospechoso en la presencia de seis individuos que cruzábamos la plaza del Ensanche a distancia prudencial unos de otros. En medio del esparcido grupo caminaba el portador de la bomba. Yo iba en vanguardia, seguido inmediatamente de Honorio, jefe del grupo. Cruzamos ante los civiles sin dificultad, dejando atrás la imprenta de Prieto. Era la indicación a los

restantes de que nos imitaran. El intento estaba frustrado.»

No hubo tal piquete de guardia civil, sino una sola pareja que daba escolta a un tranvía allí estacionado en espera de la hora exacta de su salida, y dicha pareja nada advirtió. Los dinamiteros sentáronse en un banco de la Alameda de Mazarredo, dando vista, a veinte metros, a la puerta de «El Liberal» y aguardando que los guardias se retiraran con el vehículo escoltado. Mas un agente de vigilancia que iba en otro tranvía por dicha Alameda, los vio, los identificó y espesó con sus propósitos, por lo cual, al llegar al Gobierno civil, muy próximo, hizo detener el carruaje, que retrocedió repito de policías y guardias.

«Nos sentimos acorralados — cuenta la huída dirigiéndonos hacia los muelles. Unos cayeron heridos antes de llegar a los muros protectores del puerto y otros fueron aprehendidos por los carabineros que vigilaban las mercancías depositadas en los muelles. El jefe del grupo y yo nos lanzamos desde el alto pretil a las aguas de la ria. Nadábamos ocultos por debajo del saliente de los muelles. Tras una pintoresca caza, éramos detenidos horas después cuando, muy alejados del lugar de los hechos, intentábamos cruzar en una barca robada.»

No estuve yo en dicha ocasión tan cercano a la muerte como Jesús Hernández supone. Aquel día había enfermado repentinamente y gravísimamente mi madre en Madrid, noticia que se me ocultó con objeto de liberarme de varias horas de inquietud, pues yo emprendía el regreso a la corte en el expreso nocturno. Mi propósito era pasar en «El Liberal» el tiempo hasta la salida del tren, pero dos grandes amigos, Antonio Zuñillaga y Ernesto Bengoa, se las idearon para que yo no fuese al periódico y se me ocurriera llamar al teléfono de mi casa en Madrid. Además, por la agitación huelguística, decidieron no dejarme solo, invitándome a almorzar con ellos y luego a los toros.

Participaba en la corrida Diego Mazquiarán (Fortuna), que cierto día mató un toro en plena Gran Vía, de Madrid. Andaba la demandada res sembrando pánico y Mazquiarán, al verla, corrió a su casa, en la inmediata calle de Valverde, donde se previó de muleta y estoque y, provisto cubro pases, entró a volapié, cobrando una estocada hasta los gávilanes que derribó al cornoplateo.

Vi a Fortuna, montera en mano, situarse debajo de mi

Vi a Fortuna, montera en mano, situarse debajo de mi

Vi a Fortuna, montera en mano, situarse debajo de mi

Vi a Fortuna, montera en mano, situarse debajo de mi

Vi a Fortuna, montera en mano, situarse debajo de mi

Vi a Fortuna, montera en mano, situarse debajo de mi

Vi a Fortuna, montera en mano, situarse debajo de mi

Así ha muerto un compañero

En Madrid, en la Dirección General de Seguridad, martirizado por una cuadrilla de verdugos, ha muerto un hombre, un compañero nuestro. No era un criminal ni se sospecha que lo fuera; no hubiera importado gran cosa que pudiera serlo en un régimen que, así como el fascismo y el nazismo, ha elevado el crimen a la categoría de función social. Era un hombre generoso que, frente a la corrupción, la ineptitud, la miseria, la injusticia, impuestas por una facción armada, pensaba en la justicia que dictan las conciencias limpias. Tomás Centeno era un hombre de ideas, sin más armas que su pensamiento, sin más fuerza coactiva que el crédito que le daba su honrada conducta. Eso es lo más aborrecible para un despota atrevido con el miedo a la crítica de su inmenso crimen, que es ya un crimen por sí mismo. Para satisfacer un ansia delirante de delaciones, Tomás Centeno, detenido arbitrariamente, sin garantías procesales, ha sido atormentado hasta no poder sobrevivir al tormento. Otros compañeros de detención y de martirio sobreviven aún. Tanta monstruosidad no admite siquiera la terrible atenuante del fanatismo. El fanatismo necesita una mística, y ésta no existe ya en el régimen de Franco. Si éste pudo en un tiempo tener adeptos sugestionables y capaces del crimen por sectarismo ciego, eso no ocurre ya hoy ante un fracaso y una corrupción evidenciada aun ante los más obcecados. Ya no hay allí crímenes de fanatismo, sino de criminales que tratan de evitar la hora de dar cuentas y de miserables a sueldo sin ninguna idea política y capaces de comer su pan manchado con sangre humana.

Esse es el régimen de Franco. También él, como nosotros, llegó a pensar una vez que fuera cierta la repulsa que le manifestaban Gobiernos llamados democráticos, obligados a ello por su pretendida misión de defensores de las libertades de los pueblos y de la dignidad de la persona humana, y a los que ahora les conviene pensar que esa dignidad vale más al otro lado del telón de acero que al sur de los Pirineos. Ahora, Franco afirma cada vez más su confianza en que podrá quemar a sus enemigos en las plazas públicas o exponer sus cabezas en las puntas de las picas sin que por ello dejen de venir a reverenciarlo y a fortalecerlo por ende más el pueblo español va a servirles de cipayo bajo el caudillaje del pueblo español va a servirles de cipayo bajo el caudillaje de Franco.

Entre Franco y el pueblo español hay mucha sangre generosa, como esta de Tomás Centeno; sangre de héroe modesto y grande, que ha lanzado su vida como un grito a quienes pretenden ignorar lo que pasa en nuestra España.

P. S. O. E. - U. G. T.

Reunión conjunta

Las Comisiones Ejecutivas del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores de España, se han reunido conjuntamente el viernes 27 de febrero de 1953. Se examinó detenidamente la evolución del problema español a base de las informaciones recientemente recibidas. La situación internacional y las actividades de nuestras organizaciones, dentro y fuera de España, fue objeto igualmente de detenido examen, acordándose el plan de trabajo que las actuales circunstancias exigen.

Las Comisiones Ejecutivas conocieron las informaciones recibidas de España acerca de la bárbara represión que desde el viernes 22 de febrero ha desencadenado nuevamente el francofalangismo contra nuestros compañeros del interior. A la hora de redactar esta nota, se sabe que en Madrid han sido detenidos 18 compañeros; en Barcelona, 12 y en Bilbao, 2. Los esbirros de Franco, como de costumbre, se han ensañado con nuestros compañeros, haciéndoles objeto de tratos crueles. De tal modo se han ensañado con nuestros compañeros, que uno de ellos, Tomás Centeno, ha fallecido en la propia Dirección General de Seguridad.

En este momento en que determinadas potencias democráticas se consagran a rehabilitar internacionalmente al tiránico régimen francofalangista, las Comisiones Ejecutivas del Partido y de la Unión denuncian ante la conciencia universal este nuevo crimen y esperan que todos los hombres honrados expresen con energía su más encendida protesta.

Muerte de Haywood

Nueva York (SIS). — El sábado 21 de febrero murió repentinamente el compañero Allan Haywood, vicepresidente del C.I.O., a causa de un ataque cardíaco, cuando se hallaba pronunciando un discurso en un Congreso obrero local en Wilkes Barres (Pensilvania).

Tenía ahora 64 años de edad. Se recordará que en el último Congreso nacional de dicha gran central sindical norteamericana, al procederse a cubrir la vacante de presidente producida por el fallecimiento de Philip Murray, fue Haywood el único candidato Sindicatos frente a Walter Reuther, líder de los obreros del automóvil, y que, aunque vencido por éste, obtuvo una lucidísima votación, prueba del extraordinario ascenso de que gozaba en muy amplios sectores del sindicalismo yanqui.

Haywood había nacido en Inglaterra el 8 de octubre de 1888 en una familia de mineros. Se afilió a la Federación británica de mineros a los trece años. Emigró a los Estados Unidos, asocióse allí a la organización del mismo ramo en 1906. En 1930 militaba en la organización de metalúrgicos, y en 1936 era consejero de la Federación de trabajadores del caucho. Fue el más destacado activo del Sindicato obrero del Automóvil y dedicó los últimos años de su vida al desarrollo del C.I.O.



1953 Ante el Día de la Federación ...y ¿para qué...?

EN todos los pueblos de Francia donde han sido creadas organizaciones de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista, viven y trabajan docenas y docenas de muchachos que forman en su conjunto una parte muy importante de la nueva generación sobre cuyas espaldas pesa ya la misión indeclinable de colaborar al resurgir victorioso de la patria española en sus nobles aperturas de ser una verdadera democracia social y política.

inutilizarse como fuerza y como potencia canalizada hacia la reconstrucción de España, o puede ser, por el contrario, uno de los elementos más activos para la impulsión, defensa y propagación de las ideas socialistas que informan a nuestras organizaciones de clase. Todo depende de la posición política que libremente adopten todos y cada uno de esos millares de jóvenes que hoy nos acompañan en nuestro caminar por el desierto.

Si la inmensa mayoría de esos jóvenes se entregan a la defensa del Socialismo con la misma pasión de superación personal con que hoy luchan por alcanzar un título en Escuelas y Universidades, el porvenir de España puede considerarse, en una parte muy considerable, solidariamente asegurado. Si, por el contrario, la juventud española se desinteresa de lo moral — política y socialmente razonable — para consagrarse solamente al afianzamiento de la material, positivo y práctico de sus propios intereses personales, el renacimiento de la patria sufrirá un colapso tan profundo que la empujará a los bordes mismos del abismo.

libremente en condiciones superiores a como en España vivirían, es porque en el pueblo que nos da asilo unos hombres cargaron hace años con la difícil labor de asegurar por las leyes esas posibilidades de vida y de cultura de las cuales se sirve nuestra juventud.

Explicarles cómo se puede y se practica en este pueblo que nos ampara, el ejercicio de la libertad sin la cual el hombre nada representa, convenciéndoles de que el delito mayor que sus padres cometieron en el querer no fue otro que el de querer garantizar esos mismos principios de libertad en nuestra patria.

nes superiores a como el obrero similar suyo vive hoy en España.

«Decirles que los temores que en más de una ocasión les dominan ante la amenaza de una nueva guerra que destruya con las vidas físicas las esperanzas que cada uno va creando para el mañana, no pueden ser disipados y ahuyentados los sentimientos de respeto mutuo y de paz universal más que con la implantación gradual y consciente del Socialismo.»

Convencerles de que son una fuerza política capaz de aspirar a las libertades de las naciones, capaz de poder asegurar el ejercicio de sus derechos naturales y políticos si de verdad se consagran a la predicación y defensa del Socialismo.

El ser o no ser de la juventud española dependerá en gran parte del grado de adhesión con que esa misma juventud, que en el desierto vive, defiende la causa que en España defendieron sus padres. Difícil es, repito, la misión que pesa sobre la Federación de Jóvenes Socialistas de España. Pero no es menos cierto que cuanto el Partido Socialista y la Unión General tienen hoy de crédito internacional, de dinamismo y de fuerza moral, está solidariamente unido a la juventud española por la conciencia de la piedra maestra del arco colocado en el frontispicio de la España liberada del terror y del deshonro que el falangismo representa.

Pascual TOMAS

Comentario Distinción apropiadísima

COMO una creación deslumbradora del trópico, Nicaragua lanzó una vez por el mundo a un poeta que arrancó destellos de la lengua española como de una rica pedrería en la que se quebraban los rayos del sol y de la luna. El que lo poetizaba todo, poetizó también su propio nombre. Le llamaban Félix García; pero él se llamó Rubén Darío y marchó por el mundo para cantar la vida y la esperanza. Llegó con emoción a España como a la cuna de su amado lenguaje. Allí conoció e hizo versos a sus hermanos los poetas españoles: Salvador Rueda, Paco Villaespesa, aquel «gran don Ramón» que más vida por otros varios países, fue a morir en el caliente paraíso de sus tierras.

Nicaragua, para honrar a su hijo ilustre, erigió la Orden honorífica de Rubén Darío, que habría de otorgarse únicamente para expresar la gratitud del país a quienes prestasen eminentes servicios. Al actual Presidente de la República de Nicaragua y Gran Maestro de la Orden, general Somoza, se le ha ocurrido de pronto que la gran cruz con placa de oro de la Orden de Rubén Darío le caerá como si la hubiesen creado para él, a su cobijo el Generalísimo y Caudillo de España, por el cual siente una profunda admiración.

El ministro nicaraguense de Instrucción Pública se atrevió —según dicen— a hacer ciertas obstrucciones a su presidente, previniéndolo sobre comendarios y habladurías que pudieran producirse. Le habló del poeta Federico García Lorca, ascendido en nombre del Caudillo; le refirió el caso de Antonio Machado, muerto que en el trunfo del exilio, al otro lado del Pirineo. Le hizo ver que, en el mundo de la cultura, se habla de Franco como de un matador de los dos poetas. Fue inútil. El general-presidente se mantuvo firme en su idea. El ministro se acogió a un último recurso. Recordó al general que la preciosa Orden, según la ley que la instituyó, ha de ser concedida como expresión de gratitud de Nicaragua por algún servicio eminente. El general quedó un momento pensativo.

«Dice usted, mi ministro, que esos poetas Lorca y Machado eran cosa buena? —Buénísima, mi general. —Pues, hombre, ahí tiene usted la solución. Le concedo a Caudillo la gran cruz en agradecimiento por haberlos matado. Así no le harán la competencia a nuestro Rubén. Pericles GARCÍA

Cruz y raya

ORO, ORO...! Se va a proceder a un inventario de las reservas en oro que hay depositadas en los Estados Unidos. El valor total es de 23.000 millones de dólares. Una verificación completa existe en el curso de tres días. Por ello, uno de los métodos que se piensan para las metedotas consiste en contar el 10 por 100 de las barras y pesar estas una por cada cien, cada una de las barras pesa 12 kilos y medio aproximadamente.

LO QUE REMEDIA TODO: LA PURGA

En su amplio despacho del Kremlin, Stalin da tres estornudos seguidos. Su favorito Malenkov se sobresalta y balbucea como para excusarse: —El termómetro marca hoy veinte bajo cero. —Y la calefacción central? ruge Stalin limpiándose la nariz. —La, cale... —Si, la calefacción central! Es ella la culpable; no está a su altura. Los ojos de Malenkov brillan con un resplandor siniestro: —De acuerdo, padrecito. Se practicará una purga.

COGIDO «CON LAS MANOS EN LA OBRA»

Un obrero que trabaja en una fábrica de Budapest ha sido detenido al mismo tiempo que su suegra por haber cometido el crimen de dedicar sus horas libres a hacer zapatos. Este Budapest del 23 de diciembre da cuenta del suceso y explica que el hombre fue cogido con las manos en la obra haciendo un par de botas. Su suegra reconoció que era ella quien le había proporcionado el cuero para hacerlas. «Estos dos enemigos del abusivo capitalismo, concluye el periódico, han sido puestos a trabajar en un par de botas. Los ojos de Malenkov brillan con un resplandor siniestro: —De acuerdo, padrecito. Se practicará una purga. Focac.

México

Un discurso de Trifón Gómez

En nuestro número anterior nos referimos al banquete que las Secciones de nuestro Partido, de la UGT y de las Juventudes, además del Grupo Ferrer, han ofrecido a nuestro compañero presidente Trifón Gómez a su paso por México. Después de las palabras de Indalecio Prieto, el primer discurso que nuestro número publicamos, Trifón Gómez cerró el acto con el siguiente discurso.

Unas palabras de agradecimiento dirigidas a las entidades organizadoras de este acto, que me permite satisfacer el deseo de volver a ver a antiguos amigos y correligionarios, quienes, no obstante el tiempo y la distancia que nos separa, conservan para mí ineludible su amistad, en el mismo grado que vive permanente en mi recuerdo para ellos.

Del mismo modo quiero corresponder a las frases cariñosas pronunciadas por Indalecio Prieto, al cumplir el encargo que recibiera de las entidades organizadoras de este acto, expresando mi satisfacción por el relativo buen

estado de salud de este magnífico compañero. En ocasión anterior, al cumplir idéntica misión en otro acto de la misma naturaleza, expresó el compañero Prieto sus temores de que fuera aquel, su discurso, el último que pudiera pronunciar; después de aquella fecha ha pronunciado valiosos discursos en el Congreso del Partido, y esta noche acaba de regalarnos una brillante oración. Yo estoy seguro de interpretar los sentimientos y deseos de la inmensa mayoría de los afiliados al Partido Socialista al formular mis votos, y los de millares de correligionarios, por que se prolongue la vida de Indalecio Prieto al servicio de las ideas, que nos son tan caras y con ellas, y para defender al Partido Socialista Obrero Español de Santos y tan injustos ataques como lo dirigen.

PROPOSITO APLAZADO
Han transcurrido siete meses, nada más, desde que en otro acto de idéntica natura-

za a la de éste que estamos celebrando, hube de anunciar mi propósito de no continuar en la presidencia del Partido, y en pocas palabras traté de explicar aquella determinación.

Algo hubo de ocurrir mes y medio después para que, llegado el momento y hallándome en el lugar indicado para realizar mis propósitos, me inclinase humildemente ante la voluntad del V Congreso del Partido Socialista en el Exilio, que decidía mi reelección.

Este ha sido uno de los sacrificios más recatados y meritorios que he realizado a lo largo de mi dilatada existencia de militante en el Partido Socialista.

Las tareas del V Congreso del Partido Socialista en el Exilio se desarrollaron en un ambiente de mutuo respeto entre los delegados, pero sin la satisfacción general que debe producir la fraternidad obligada entre socialistas.

Después de haber cumplido mi deber de presidente del Partido dirigiendo la palabra a los delegados en la sesión de apertura del Congreso, permanecí en silencio a lo largo de interminables intervenciones en el debate político, rumiando la idea de mantener el propósito anunciado en la ciudad de Méjico, ya que ciertas actitudes, inexplicables para mí, de algunos compañeros, así lo aconsejaban.

RAZON DE MI SILENCIO
La resolución política del Congreso, aprobada por apreciada mayoría, fue redactada por el compañero Indalecio Prieto y defendida exclusivamente por éste.

Por extraño que pueda parecer, ninguno de los componentes de la Comisión Ejecutiva nos consideramos en el caso de intervenir en el debate político, y quiero suponer que algunos compañeros tenían algo que decir, opiniones divergentes que expresan en alguno de los puntos que contiene la resolución política aprobada por el Congreso.

Yo no quiero, porque no debo, hablar aquí de las razones que pudieran tener los demás para no intervenir en el debate político; quiero exponer, precisamente aquí, en Méjico, la razón de mi silencio, y rechazar con verdadera repugnancia moral la versión estúpida aparecida en un folleto publicado por un hombre sin noción de la responsabilidad; voluble, que gira movido por sus alucinaciones con la misma facilidad que las velutas movidas por el viento audaz de los hombres de quienes se intenta servir, y difamador de ellos en cuanto no se prestan a sus deseos; hombre endiosado por su dinero, piensa que todo es cuestión de precio, un hombre que desgraciadamente lleva todavía el carnet de nuestro Partido.

La resolución política aprobada en el V Congreso del Partido es inferior a la del Congreso anterior, y la posición actual del Partido es más débil, por menos lógica, hoy que ayer. Sin embargo, la resolución política aprobada en el V Congreso del Partido en el exilio es una resolución de compromiso y responde a los deseos y propósitos enunciados en el mensaje que nos dirigieron nuestros compañeros desde el interior de España.

Mientras se pronunciaban discursos y más discursos, yo pensaba que servía mejor los intereses del Partido aceptando en silencio un dictamen que, sin oponerse a mantener buenas relaciones con otras fuerzas españolas antifranquistas, sin cerrar la posibilidad de concertar alianzas con esas mismas fuerzas para fines concretos y de carácter inmediato, y manteniendo ineludible en lo fundamental la posición preconizada desde el año 1947 por nuestro Partido, iba a dar satisfacción a nuestros correligionarios del interior, como, efectivamente, ha sucedido.

Si mi intervención en el debate político hubiese resultado inútil si se inclinaba a apoyar incondicionalmente el dictamen, o hubiese hecho el juego a quienes yo no quería hacer caso, al expresar mi disconformidad, o simplemente reparos a algunos de los puntos que el dictamen contenía.

De haber existido frente al dictamen un voto particular con merecimientos por su contenido para ser combatido, yo me hubiera producido como en anteriores Congresos.

Desde que aprobó el Congreso la resolución de carácter político de todos conocida, hasta el momento de elegir nueva Comisión Ejecutiva, no dejé de pensar en lo que era casi seguro que iba a suceder, al mismo tiempo que en las frases finales de mi discurso en esta ciudad.

¿Qué hacer si, como era de esperar, resultaba lo que reelegido para el cargo de presidente del Partido?

A juicio mío, no debía renunciar, y que recayera el cargo en el compañero que me seguía en votos, por toda una serie de consideraciones.

Y menos podía desconocer los sacrificios personales de los compañeros queridos de la Agrupación de Méjico, y de los realizados por esta misma Agrupación, a los que me con-

sideré obligado, al mismo tiempo que pagaba el tributo de confianza y de cariño que me dispensa la inmensa mayoría del Congreso.

LLAMADA A LA REFLEXION

Terminadas felizmente las tareas de un Congreso que al decir de nuestros aliados «maturos» iba a sepultar la política seguida por el Partido, y enterrar con ella a los hombres que la venimos defendiendo, nuestro deber moral como socialistas, nuestra obligación estatutaria es acatar y defender la posición política del Partido, tal y como ha sido definida y establecida por el V Congreso de éste.

La Comisión Ejecutiva, la primera obligada a ejecutar con absoluta honestidad los acuerdos del Congreso, no puede permitir a los demás aquello que considera que le está rigurosamente prohibido a ella.

Con el más absoluto respeto a la libertad de pensamiento de los afiliados, y en defensa precisamente del régimen de democracia en que vive nuestro Partido, la Ejecutiva debe cumplir su deber por encima de su dilatada existencia, como yo, al servicio del Partido y en la defensa de las ideas socialistas, un llamamiento cordial para que cooperen con la Comisión Ejecutiva a cerrar las fisuras abiertas en el cuerpo del Partido, y a devolver a éste con su unidad espiritual la salud y la robustez necesarias para continuar la lucha por la liberación de España y por el triunfo del Socialismo.

ALIANZAS CON OTRAS FUERZAS ANTIFRANQUISTAS
Nadie aventaja al Partido Socialista en su deseo de mantener buenas relaciones con las demás fuerzas españolas

Después del espectáculo bochornoso que se ha dado admitiendo la España de Franco en la Unesco, en forma imperiosa, como un trágala, con unos cuantos votos, muy pocos, en contra, si bien tengan para nosotros un valor inestimable, cabe suponer que Franco conseguirá franquear otros obstáculos que han impedido hasta ahora su acceso a los círculos internacionales, sin que me considere en el caso de mencionar éstos, por medida de discreción, como lo logrará alguna ayuda económica en compensación a la cesión que él haga de ciertas bases aéreas y navales.

Según mi opinión, Franco se halla a punto de figurar como uno más entre los paladines defensores de la libertad y de la democracia, y a la cabeza de la cruzada anticomunista. Esto es un verdadero sarcasmo del que están tan convencidos como nosotros, hasta sus mejores valedores.

SOLIDARIDAD SOCIALISTA Y SINDICAL

Ahora bien, Franco ha podido contar con el apoyo de casi todos los Gobiernos de países democráticos, pero no ha contado, ni cuenta, con el apoyo de la Internacional Socialista, ni con el de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres.

Ambas organizaciones internacionales, no sólo no apoyan a Franco sino que odian a éste y a su régimen. Por algo la prensa franquista ha propagado que el triunfo de Franco, en el terreno internacional, ha sido una derrota para los socialistas, y en el fondo es verdad; los socialistas somos los más afectados por el triunfo que ha obtenido Franco.

Ahora bien; esta derrota es como tantas otras encajadas por los Partidos Socialistas a lo largo de su existencia en todos los países, son derrotas que sirven de acicate para lograr triunfos espléndidos cosechados posteriormente.

Convencido como estoy de esta gran verdad, no profiero una frase molesta por injusta dirigida a la gran familia socialista, asediada hoy, como siempre, por toda una larga serie de enemigos que disparan sin cesar, desde todas direcciones, con la esperanza de rendir o de dejar maltrecha la fortaleza.

Esto no empece que en el lugar y momento indicados les señalemos con severidad los fallos de su conducta, a fin de promover, con la discusión, las obligadas explicaciones.

EL PARTIDO CONTINUA SU LUCHA CONTRA FRANCO

Yo ignoro el giro que tomará desde ahora nuestra lucha contra Franco, como ignoro las posiciones que el Partido se verá obligado a ocupar, dentro de la línea de conducta trazada por nuestro último Congreso, para continuar el largo y agotador combate por la liberación del pueblo español.

Los hombres del Partido Socialista no pueden situarse al margen de actividades encaminadas a derrocar el régimen actual, ni desconocer los movimientos que tiendan a cambiar la situación política actual de España, participando en aquellas actividades con el debido control, y dejando que se desarrollen estos movimientos sin oponer ningún obstáculo.

He dicho los hombres del Partido Socialista, sin establecer distinción entre los que se hallan en España y los que estamos esparcidos por el mundo, porque quiero creer que para continuar el combate contra Franco todos los socialistas españoles estaremos dispuestos a ocupar nuestro puesto sin repugnar el lugar que las nuevas circunstancias puedan darnos, si estamos convencidos y podemos sentirnos satisfechos de continuar trabajando con alguna eficacia por la liberación del pueblo español.

De lo que estoy seguro es de que el Partido no tomará vacilaciones, no interrumpirá su acción. Franco se enfrentará con múltiples dificultades, emanadas de los compromisos de orden internacional que adquiere. Dificultades de índole bien distinta a las que se enfrentó hasta los presentes momentos, pero no menos peligrosas.

El Partido debe conocer esas dificultades y adaptar su táctica y su estrategia a lo que aconseje la índole de las nuevas dificultades que Franco encuentre, a fin de obtener el máximo rendimiento de nuestros esfuerzos.

Franco y su régimen tienen muchos enemigos, y sobre todo muchos adversarios en España, que no son amigos nuestros. Aquellos compañeros que luchan y sufren persecución en España conocen esos enemigos y adversarios de Franco y su régimen, como parece lógico que conozcan las actividades de éstos.

Piensen, recapaciten los afiliados al Partido antes de lanzarse por derroteros que pudieran llevarnos a la atomización de las fuerzas políticas y sindicales que constituyen esperanza fundamental para reconquistar la libertad de España.

He procurado exponer con claridad y precisión mis puntos de vista sobre la situación del Partido, peligros que le acechan y conducta que deberíamos seguir para conjurarlos. De la misma manera quisiera exponer cómo veo la situación del caso español en el área internacional; nuestra línea de conducta para no enajenarnos apoyos que pueden sernos valiosos en algún momento; y la estrategia que deberán emplear el Partido y la UGT en la continuidad de la lucha por derribar a Franco y librar a España del actual régimen de dictadura y de terror que padece.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

Los hombres del Partido Socialista no pueden situarse al margen de actividades encaminadas a derrocar el régimen actual, ni desconocer los movimientos que tiendan a cambiar la situación política actual de España, participando en aquellas actividades con el debido control, y dejando que se desarrollen estos movimientos sin oponer ningún obstáculo.

He dicho los hombres del Partido Socialista, sin establecer distinción entre los que se hallan en España y los que estamos esparcidos por el mundo, porque quiero creer que para continuar el combate contra Franco todos los socialistas españoles estaremos dispuestos a ocupar nuestro puesto sin repugnar el lugar que las nuevas circunstancias puedan darnos, si estamos convencidos y podemos sentirnos satisfechos de continuar trabajando con alguna eficacia por la liberación del pueblo español.

De lo que estoy seguro es de que el Partido no tomará vacilaciones, no interrumpirá su acción. Franco se enfrentará con múltiples dificultades, emanadas de los compromisos de orden internacional que adquiere. Dificultades de índole bien distinta a las que se enfrentó hasta los presentes momentos, pero no menos peligrosas.

El Partido debe conocer esas dificultades y adaptar su táctica y su estrategia a lo que aconseje la índole de las nuevas dificultades que Franco encuentre, a fin de obtener el máximo rendimiento de nuestros esfuerzos.

Franco y su régimen tienen muchos enemigos, y sobre todo muchos adversarios en España, que no son amigos nuestros. Aquellos compañeros que luchan y sufren persecución en España conocen esos enemigos y adversarios de Franco y su régimen, como parece lógico que conozcan las actividades de éstos.

Piensen, recapaciten los afiliados al Partido antes de lanzarse por derroteros que pudieran llevarnos a la atomización de las fuerzas políticas y sindicales que constituyen esperanza fundamental para reconquistar la libertad de España.

He procurado exponer con claridad y precisión mis puntos de vista sobre la situación del Partido, peligros que le acechan y conducta que deberíamos seguir para conjurarlos. De la misma manera quisiera exponer cómo veo la situación del caso español en el área internacional; nuestra línea de conducta para no enajenarnos apoyos que pueden sernos valiosos en algún momento; y la estrategia que deberán emplear el Partido y la UGT en la continuidad de la lucha por derribar a Franco y librar a España del actual régimen de dictadura y de terror que padece.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que era a mí y no a él a quien iba a brindar. Sentóse Ucelayeta y me levanté yo, descubriéndome. Nunca sentí tanta turbación. La plaza, con el toro, el matador, la cuadrilla y los doce mil espectadores, comenzó a girar ante mi vista. Pronto una tremenda ovación me sacó del aturdimiento. Fortuna, que era magnífico estoqueador, había mandado mejor que nunca, según convinieron los cronistas taurinos.

En aquellos instantes, Hernández, sus compinches y los guardias del orden seguran de Urbiarte y Churruga.

De mi vida

Hados que la protegen
(Viene de la primera pag.)

delantera de grada, mirando hacia nuestros asientos de derecha, don Sabino Ucelayeta, empresario de la plaza de San Sebastián, se levantó y se descubrió para recibir el brindis; pero Fortuna, señalándole con la montera, indicaba que

